

Cuenta la leyenda que á la conquista se siguieron desórdenes tales, que el grupo dorio-espartano hubiera desaparecido, si no hubiese habido en él un hombre de la familia de los heraklidas que se hubiese propuesto remediar los males de su pueblo, y que, bajo la inspiracion de Apolon Delfico, dió á los espartanos leyes nuevas. Este hombre extraordinario fué Likurgo. "Nada puede decirse de él que no esté sujeto á controversia," dice Plutarco hablando de Likurgo en la novela-biografía que de él nos hace. Nosotros haremos á un lado la parte anecdótica y nos concretaremos á indicar los puntos esenciales de la constitucion que dió á Esparta en forma de preceptos sancionados por la divinidad. Las instituciones políticas de Likurgo, son, en realidad, comunes al mundo griego primitivo.

Un senado compuesto de los miembros de las familias aristocráticas que legislaba; una asamblea (ekklesia) que se reunía en el Agora á aprobar, sin deliberar ni votar; uno ó dos reyes que ejercían parte del poder legislativo y judicial, todo el ejecutivo (como diríamos los modernos) y que eran, al mismo tiempo, los jefes supremos del culto, eran sus elementos principales.

En tiempos posteriores se reformó notablemente esta constitucion; despues de la primera guerra de Messenia, y probablemente para dar más vigor al centro de cohesion del pueblo espartano, la ciudad creó, con el beneplácito de los dos reyes de entónces, una magistratura especial, cuyos encargados se llamaban éforos y que acabó por someter á una completa tutela á todos los poderes públicos, empezando por los reyes. El ascendiente extraordinario de este consejo omnipotente, fruto legítimo de la aristocracia, ha obligado á considerar á Esparta como una república oligárquica y no como una monarquía. Likurgo fué, sobre todo, un gran educador: la educacion física por los ejercicios corporales llevada al extremo, la impasibilidad para sufrir

el dolor, la práctica de todas las habilidades propias de un pueblo guerrero, como el robo, el desprecio por la vida propia y ajena, la igualdad en la mesa comun, (institucion tomada á los kretenses) etc., son todas innovaciones atribuidas á Likurgo.

Plutarco le atribuye tambien una reparticion de tierras por igual, lo que es enteramente inexacto.

Esta reforma fué atribuida á Likurgo bajo el imperio de las ideas de Agis y Kleomenes en plena decadencia de los espartanos.

Tampoco es cierto que hiciese una alteracion en la moneda, para mantener la pobreza general; está demostrado que mucho despues de Likurgo, que debe haber vivido por los años de 830 ántes de J. C., (Thucidides, Grote) Feidon, rey de Argos, dió á conocer la moneda á los griegos del Peloponeso.

Antes y despues de Likurgo, hubo hombres y sobre todo, mujeres ricas en Esparta. (Véase la Politikeia de Aristóteles).

Debajo de esta oligarquía pequeña, (9,000 combatientes), y que se disminuyó sin cesar, estaba el pueblo vencido que habitaba las diversas ciudades y aldeas de la Lakonia.

La aristocracia de los vencidos se componía de los *Periekos*, propietarios rurales que gozaban de ciertos privilegios, aún en medio de la sumision; y debajo de ellos estaban los ilotas, verdaderos siervos del terruño, *adscripti glebae*, que aunque podían recobrar su libertad por su señalada bravura en los combates, durante su estado servil eran tratados con increíble rigor por miedo á la catástrofe que una rebelion suya podía producir.

Así es que era permitido á los jóvenes espartanos matarlos, institucion que se llamaba la *Kripteia*, lo que explica que en cierta ocasion, segun asegura el veraz Thucidides, los éforos hicieran desaparecer de un golpe, sin que se haya sabido nunca de qué modo, á dos mil de los más bravos de estos infelices, que habían creído en las promesas de sus opresores.

Los dorios de Esparta no se habían confundido con los vencidos como sucedió con los demas en las otras ciudades invadidas; por circunstancias especiales, quizá por su posicion geográfica se mantuvieron aislados y como eran en tan corto número, la necesidad suprema de mantenerse unidos y fuertes para dominar eternamente á sus vencidos explica el éxito asombroso de las *retras* de Likurgo, que de seguro estaban en las costumbres ántes que en la ley, y que fueron religiosamente respetadas durante tantos siglos.

A esta constitucion artificial y bárbara, en que la fuerza era el ideal, hasta el grado de que para unir las parejas fuertes, los maridos habían olvidado sus derechos y las leyes del adulterio, se amoldaba, sin duda, la rudeza nativa de los pueblos dorios.

Desde este punto de vista, lo que se llama la constitucion de Likurgo, es un producto genuino del espíritu dorio, bajo el imperio de determinadas circunstancias: sólo así puede considerarse á Esparta como el tipo del dorismo (v. O. Muller y Grote).

Se dice que Ifito y Likurgo, reglamentaron definitivamente los juegos olímpicos por los años de 828, ántes de J. C. Medio siglo despues, se inscribía el triunfo de Korebos y se abría en 776, ántes de la era vulgar la primera olimpiada.

#### DESDE LA PRIMERA OLIMPIADA HASTA SOLON.

Aunque se puede decir de un modo general que en la primera olimpiada comienza el primer período de la historia de la Grecia, sería inútil buscar, sin embargo, ni series encadenadas y auténticas de sucesos, ni rasgos de una historia verdaderamente colectiva de los helenos. Poco á poco van viniendo á la historia despues de la primera olimpiada los diversos miembros del agregado helénico, con una cauda de anales mitológicos y legendarios que va á confundirse en el comun depósito de la edad mística y legendaria, en donde

hasta las tradiciones de la aldea más insignificantes tienen su raíz. Las luchas médicas, su preparacion y sus consecuencias, sobre todo, la rivalidad de Esparta y Aténas, cuyo corolario es el agotamiento de la savia helénica, lo que hace fáciles los triunfos efímeros de los tebanos y la absorcion de la Grecia por Filipo y Alejandro de Macedonia, son los sucesos positivamente históricos del helenismo antiguo, y todos ellos quedaron comprendidos en el segundo período desde Solon inclusive, hasta la reparticion del imperio de Alejandro. El fin de este período es oscuro como todos los períodos de decadencia y termina con la preponderancia definitiva de Roma en el mundo griego.

Miéntas en algunas ciudades de la Grecia continental se suceden las revoluciones interiores como la limitacion del arcontado en Atenas, (754), y la monarquía corintia se cambia en la oligarquía de los Baquiades, (745), miéntas las colonias del Asia menor toman admirable incremento y pueblan el Helesponto y las costas del Euxino con sus factorías y colonias, (Asistoba en Mysia, Tios en Paflagonia, Fase, en la Kolquida, Dios-Kurias, etc., fundadas por Miletos en 750), por la sétima y octava olimpiada un hecho nos demuestra que Esparta ocupaba todavía en la familia dorica y en el Peloponeso un papel muy secundario y que el primero lo tenía Argos.

Un rey de Argos, heráklida por supuesto, Feidon, puede llamarse el último gran representante del predominio argivo.

No sólo fortificó el poder real, muy decadente ya, y volvió á restablecer la liga federal de varias ciudades bajo la hegemonía de Argos, sino que tomó parte activa en los asuntos del Peloponeso, intentando, aunque sin éxito, subyugar á los corintios y tomando parte en la cuestion de la presidencia de los juegos olímpicos entre los de Pisa, vencidos, y los de Elide, vencedores.

Feidon se declaró por los primeros y presidió los juegos de la octava olimpiada

que los de Elide rehusaron contar en la serie; pero los espartanos vinieron en auxilio de éstos, derrotaron á Feidon y consagraron los derechos de los eolios conquistadores.

Feidon unió también su nombre al de la introducción de la moneda en el Peloponeso; la hizo acuñar en Egina y todos los dorios la aceptaron; poco después los jóvenes adoptaron el tipo euboico.

*Las guerras mesenias.*—Pausanias habla largamente de estas dos guerras, pero sus fuentes son Rhianos, que compuso un poema sobre dichas guerras, cuyo protagonista era Aristómenes, por los años de 220 antes de J. C., y Myron de Priene, que escribió en el siglo III después de J. C. Estos autores recogieron las leyendas que habían corrido por la Grecia, después de la restauración de Messenia por Epaminondas, y que son más que sospechosas, inaceptables para el historiador. En las dos guerras figura un personaje romanesco, Aristómenes. Unos lo colocan exclusivamente en la primera, otros, como Pausanias en la segunda; y algún autor moderno quiere que hubiesen habido dos, para conciliar las opiniones. Según Pausanias, la primera guerra, estalló después de una grave ofensa hecha en el santuario de Artemis á las jóvenes espartanas, (según la versión mesenia, estas jóvenes eran hombres disfrazados de mujer y armados), y de una viva reyerta entre un mesenio vencedor en Olimpia y un espartano. Los lacedemonios rompieron las hostilidades, bajo la dirección de sus reyes, uno de los cuales, Theopompo fué el verdadero héroe de esta guerra.

Después de varios años de lucha, los mesenios se vieron obligados á guarecerse en la montaña de Ithomo, en donde habiendo aconsejado la Pythia de Delfos, que se sacrificase á una virgen de sangre real, para la salvación del pueblo, Aristodemos mató á su propia hija, inútilmente porque se había desposado sin que su pa-

dre lo supiese; después de dos grandes batallas, en una de las cuales los corintios se ponen del lado de los espartanos y los de Arkadia y de Sikyone del lado de los mesenios, y cuando se hubo dado muerte á Aristodemos, los espartanos se apoderan de Ithomo, arrasan la fortaleza al cabo de veinte años de lucha y reducen á los vencidos á la condición de ilotas.

Treinta y nueve años después, estalla la segunda guerra.

Esta vez el caudillo de los mesenios es un Aquiles, Aristomenes, el héroe de los himnos de las jóvenes mesenias en los días de proscripción, el que ofreció tres veces la hecatonfonía á Zeus, sacrificio que sólo podían hacer los que habían matado con sus manos cien enemigos en el combate.

La primera batalla fué de resultado indeciso; en la segunda fueron derrotados los espartanos, pero en la *Tumba del javalí*, triunfan gracias á la traición del rey arkadio Aristokrates.

Entonces Aristomenes se refugió en la fortaleza de Eira, sobre el río Nedon, y allí resistió once años, hasta que abriéndose paso entre el enemigo con un puñado de bravos, dejó el Peloponeso y fué á morir á la isla de Rhodas. Nada decimos, por supuesto, de las aventuras del caudillo mesenio, de sus incursiones al corazón mismo de Esparta, de su salvación milagrosa cuando sus enemigos lo arrojaron á un abismo del que salió agarrándose de la cola de un zorro, etc.

Un hecho que sí tiene todos los visos de histórico, es la intervención en la segunda guerra, del poeta Tyrteo, enviado, según algunos, como único contingente por los atenienses á los lacedemonios y que contribuyó con sus cantos á las victorias de éstos en el exterior y á la paz en el interior (*eunomía*).

La disciplina, dice Grote, en que pasaba su vida un espartano, consistía en una mezcla de ejercicios guerreros, sociales y

religiosos. Mientras que el individuo adiestrado por la gimnástica, practicaba sus lecciones de fatiga, de paciencia y de agresión, los ciudadanos se mantenían constantemente en el hábito de los movimientos simultáneos y compasados en las marchas guerreras, las danzas religiosas, y las procesiones de una naturaleza puramente social. La música y el canto, empleados siempre para dirigir el ritmo y alimentar la vida de estos movimientos en la multitud, se asociaron á los sentimientos más poderosos, nacidos de la abnegación habitual de un espartano, y sobre todo, á esas simpatías que se comunican de un golpe á una asamblea. Efectivamente, el músico y el cantante, eran las solas personas que se dirigían á los sentimientos de una asamblea lacedemonia; además, la sencilla música de esas épocas lejanas, aunque desnuda de mérito artístico, tenía sin embargo, un carácter moral, pronunciado; tenía más poder sobre los movimientos y resoluciones de los oyentes, que la música más agradable al oído, de los tiempos posteriores. Luego, cada género particular de música, tenía su defecto intelectual distinto: el género ó modo frigio inspiraba un salvaje entusiasmo que iba hasta la locura; el modo dorio producía una resolución firme y reflexiva, exenta á un tiempo de sentimientos desesperados é impetuosos. (*History of Greece. V. I.*)

En resumen, ¿qué se puede afirmar sobre las guerras mesenias?

Sabemos que antes de ellas, Esparta se había ido ensanchando con las conquistas de Amikle, de Faris, de Geronthre, por el rey Teleklos; que una vez conquistada la Lakonia, tendió la vista más allá del Taigetes, su límite occidental y que por una cuestión de fronteras emprendió la primera guerra el año de 743, antes de J. C., que al cabo de veinte años concluyó con la ruina total de los mesenios. Pasadas dos generaciones, los vencidos, que según Tyrteo, parecían asnos rendidos al peso

de la carga, se sublevaron, y por los años de 648 empezó la segunda guerra. Duró diez y siete años y acabó con la reducción definitiva y dispersión de los mesenios y con la anexión á la Lakonia de la comarca feraz, regada por el Pamisos al O. del Taigetes. Los vencidos que pudieron huir se dirigieron á diversos puntos de la Grecia y de las Colonias, y se sabe que en Arkadia fueron favorablemente acogidos.

Como probablemente entre los diversos pueblos del Peloponeso que tomaron parte en la lucha, los de Pisa, por su viejo resentimiento con los de la Elide favorecidos de los espartanos, tomaron parte en favor de los mesenios, y aun llegaron á presidir los juegos de la 34.ª olimpiada; puede asegurarse que una de las primeras consecuencias de la victoria de Esparta fué la irrevocable sumisión de los de Pisa á los conquistadores etolios.

Pero el resultado más importante de este período, es que al fin de él se marca ya la preponderancia de la ciudad de Lirurgo en el Peloponeso.

En los tiempos posteriores esta preponderancia fué en aumento. Después de los mesenios tocó su turno á los arkadios. Era la Arkadia la parte central del Peloponeso, habitada por tribus incultas que generalmente llevaban vida pastoral, y cuyo origen probablemente pelásgico, las hacía considerar como aborígenes por el resto de los griegos. Mantuvieron su estado de rudeza nativa, hasta en tiempo de Epamimondas á quienes se presentaron muchos arkadios armados con mazas.

Sin embargo, no sólo había aldeas y villorrios en Arkadia; hubo algunas ciudades aun antes de la fundación de Megalópolis en la 102.ª olimpiada, (371). Tegea sobre las fronteras de la Lakonia. Mantinea, sobre las de la Argolide y Orcomenos al N., eran las principales.

Esparta fué conquistando lentamente los burgos fronterizos hasta acercarse al territorio de Tegea.

Á las guerras con Tegea está ligada la leyenda de la traslación secreta á Esparta de los huesos gigantes de Orestes, ocultos en un pozo de una fragua en Tegea; desde que estuvieron en posesión de este talismán, según lo había predicho oráculo de Delfos, los espartanos lucharon con mejor suerte; y Tegea, aunque conservó su independencia, reconoció la supremacía de Esparta.

Estaban pues, aseguradas por ese lado las fronteras laconias.

Entonces la ciudad de Licurgo volvió los ojos á la Argólida, en donde Argos no podía sostener ya su antiguo predominio sobre el Peloponeso.

La lucha con los de Argos está sembrada también de anécdotas, una de las cuales, el duelo entre trescientos argivos y trescientos espartanos, de los que quedaron dos argivos que corrieron á Argos á anunciar su victoria, y un espartano que permaneció sobre el campo de batalla declarándose vencedor, es muy conforme con las costumbres del tiempo. El resultado de la contienda, fué que los espartanos conquistaron la faja meridional de la Argólida, habitada por los kinurios, antiguos jonios reducidos por la conquista doria al estado de periecos ó vasallos rurales, y que se llamaba la Thyreatide.

En todas estas guerras ganaba Esparta la rectificación de sus fronteras, de modo que cuando á mediados del siglo VI, antes de J. C., se vió dueña de las dos quintas partes del Peloponeso, su situación geográfica, era verdaderamente admirable.

Al S., al E. y al O., bañaba el mar las costas de la Lakonia; costas escarpadas y de muy difícil acceso para las tropas de desembarque; en el centro estaba la capital á donde convergían los caminos que pasaban por los desfiladeros de las montañas, todos perfectamente defendibles.

Así es que Esparta no necesitaba murallas, la naturaleza la defendía. Si á esto se agrega la falta de disturbios interiores

por el respeto ciego á la constitución, su organización militar tan superior á la del resto de los griegos, en que el mando estaba tan perfectamente distribuido, se comprenderá por qué tan pronto aquel estado dorio llegó á ser el primero no sólo en el Peloponeso, sino en la Grecia entera.

Por eso cuando Kresos buscó en Europa aliados contra los persas, á los espartanos se dirigió como los genuinos representantes de los helenos y de su poder militar.

*Acaia, Corinto, Sikyone, Megara.*—Los tiranos.—Sólo escapaban por la época que vamos historiando, á la influencia directa de Esparta en el Peloponeso, la Argólida que con las conquistas de Mykenoe, de Tiryns, célebres en el ciclo heróico, y de Kleonoe, que ejercía la agonothesia ó presidencia de los juegos nemeos, se esforzaba infructuosamente en recobrar su antigua grandeza, y en el N. de la península, la Acaia banda de tierra entre el golfo de Corinto y las montañas de la Arkadia, en donde se habían refugiado los aqueos que habitaban la Lakonia después de la invasión doria, expulsando de aquella comarca á los jonios. Su gobierno era monárquico al principio, pero después cada una de las ciudades aqueas asumió su soberanía formando una liga federal, con fiestas y sacrificios comunes en el templo de Zeus Homarios. Además de la Acaia, y también en las costas septentrionales de la península, y en el istmo florecían Sikyone, Corinto y Megara.

Poseemos pocas noticias de Sikyone y de su situación interior desde que la conquistaron los dorios. Como en todas las ciudades griegas, á las dinastías de la edad heróica sucedió una oligarquía y á ésta una tiranía ó gobierno personal ilimitado. Hacia 676 antes de J. C., Orthagoras, ayudado quizá por los vencidos en la conquista doria, subió desde su oficio de cocinero al primer rango del Estado. Su hijo Kleisthenes, lleno de aborrecimiento por los

dorios no perdonó medio de ultrajarlos, hasta impedir á los rapsodas cantar las hazañas de los héroes que sitiaron á Tebas, porque eran argivos y Argos era la más venerable de las ciudades dorias, y proscibir el culto de Adrastos, que tenía un templo en Sikyone. Con él concluyó la dinastía.

Una de las narraciones más interesantes que á aquellos tiempos se referían, es la de la convocatoria que hizo Kleisthenes á los que pretendieran la mano de su hija Agarista; de toda la Grecia llovieron novios; la hija del tirano se casó con un almeonide de Atenas, Megaklés, de cuyo matrimonio nació Kleisthenes el padre de la democracia ateniense.

Algunos historiadores aseguran, aunque sin pruebas suficientes, que la dinastía de los orthagoridas fué destruida por los espartanos, los grandes restauradores de la aristocracia en el mundo helénico.

Sabemos que en Corinto después de la conquista doria, la monarquía primitiva se había disuelto en la célebre oligarquía de los bacquiades.

Kypselos, que pertenecía á la familia de los alpitás, y que era hijo de una bacquiade, apoyado en el pueblo arrojó á los oligarcas y reinó treinta años, (655—625), moderadamente según Aristóteles, y cruelmente según Herodoto.

Su hijo Periandro, que algunos cuentan entre los siete sabios de la Grecia, era un hombre inteligente y bravo, protector de las letras y de las artes, pero opresor inhumano, incestuoso y cruelmente astuto; á él y á su contemporáneo Trasibulo, despota de Mileto, se achacan las máximas sangrientas que pusieron en práctica los tiranos griegos.

Otros aseguran que se le ha calumniado, que era un hombre religioso, (hacía magníficos presentes á los dioses), enemigo del lujo etc.

Corinto, que ya en el siglo VIII era una potencia marítima de primer orden, de

cuyos arsenales salió la primera *trireme*, que cruzó los mares, de cuyo seno salieron colonias tan importantes como Korkira y Siracusa (11.ª olimpiada), y que el año de 664 libró contra la primera de estas colonias, la primera batalla naval que Tucydides conocía, llegó en tiempo de Periandro á un alto grado de esplendor. Su reinado duró cuarenta años, (625—585 antes de J. C.), con su sucesor que reinó tres años, se extinguió la dinastía kipselida. Según Plutarco los espartanos destruyeron esta tiranía.

Cuando Periandro comenzaba á reinar en Corinto, Theagenes, un demagogo de Megara, usurpaba el poder en esta ciudad, también doria, cuyo territorio confinaba con el Ática.

Fueron los vencidos de la conquista, los pobres del campo, vestidos de pieles, los siervos de la gleba, los que ayudaron á Theagenes en esta revolución que más que para cambiar la forma de gobierno, parecía dirigida contra los ricos y contra la usura.

Una revolución interior arrojó al tirano, pero á poco fué vencida de nuevo la oligarquía y este período de conmoción social, duro bastante.

Una de las víctimas de estas revueltas, el poeta elegiaco Theognis, las ha recordado en versos que respiran el desden por la plebe triunfante, el dolor por las pérdidas de los aristócratas y una implacable sed de venganza.

Grote cita estos tres *specimen* de gobiernos tiránicos, el de Sikyone, el de Corinto y el de Megara, como una muestra de lo que en los siglos VII y VI pasó en la Grecia y en sus colonias, el advenimiento de las tiranías.

La causa de este fenómeno está, sin duda, en un principio de expansión de los sentimientos populares, traído por el progresivo desarrollo de la cultura y de las aspiraciones de las masas populares.

Aunque parezca extraño, y supuesto